

LECTURAS DEL DOMINGO XIII ORDINARIO B

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

COMENTARIO

Permitidme, queridos lectores, que como en otras ocasiones me detenga en el poco y tarde del tiempo que dispongo, en enviaros un comentario a la lectura tercera, la evangélica, que se proclama en la misa de este domingo.

El protagonista fundamental, evidentemente, es el Señor, generoso como siempre, pero con la particularidad de que secundariamente quienes centran la atención son dos mujeres.

Enlazan las dos actuaciones un varón de la localidad y que sin ser necesario, se nos indica su profesión y nombre. No es necesario, ya lo sé, pero el detalle enriquece el relato, añadiéndole verosimilitud. Su nombre es Jairo.

Acude este buen hombre al encuentro con Jesús solicitándole ayuda. Su hija, probablemente parece que debe ser única hija, está gravemente enferma. El Maestro no le dice, como hoy en día sin tanta razón se escucha, que no tiene tiempo. Le dice que va enseguida y allá se dirige.

Pero por el camino y sin que la multitud deje de rodearle, se acerca temerosa y confiada una buena mujer. El autor nos advierte que se trata de una mujer que sufre flujo de sangre y que los médicos no han podido curar. Es curioso este y otros detalles que muchos dirían que no era preciso mencionar. Que era rica y se había arruinado gastando en visitas a galenos ¿a quien le importa?

Cualquier hijo de vecino con cierta experiencia de trato vecinal, sabe que este trastorno, llamado hoy metrorragia, además de muy molesto, le resulta a la mujer amargo comentar y lo mantiene, si puede, oculto. Hay que añadir además que, según normas de aquel tiempo, tal flujo de sangre le prohibía el contacto con cualquier persona y debí mantenerse marginada de la sociedad.

Pero ella no se atiende a normas que aumentan su dolor. La confianza en el Señor supera prohibiciones locales y se acerca esperanzada, deseando por lo menos poder tocar su manto. El tal atuendo, sería la pieza que hoy en día el pueblo hebreo llama tallit, un rectángulo que tanto sirve para cubrirse al rezar, servirle de manta para dormir o simplemente como pañuelo para envolver enseres. Es una pieza muy significativa y fundamental. Un amigo me decía que cuando se divorció le dijo a su exmujer que podía quedarse con todo excepto el tallit de su boda. No me atrevo a continuar comentando.

Vuelvo al relato. No ha habido ningún diálogo, ni siquiera petición. Pero ella se siente inmediatamente curada. Jesús sí que sabe que no es suficiente con lo sucedido. Era consciente del bien que había recibido la mujer y debía añadir algo más, debía dirigirle la palabra ¿no era mejor ignorar la situación incómoda e ilegal y acelerar el paso, que hija de la autoridad local le precisaba de inmediato? pues no, la esperanza de la buena mujer precisaba una palabra amable, Él lo sabía y sin ninguna obligación ni protección obra en consecuencia.

Punto y aparte.

Por fin entran en casa donde ya se había declarado oficialmente muerta a la chiquilla. El Señor no hace caso de gritos y lloros. Busca una cierta intimidad, sin excluir testimonios.

La frase que ha recogido el autor nos suena bien a todos. Se trata de lo que llaman "ipsisima verba". Dice *Talitha qumi* Vocablo en arameo que merece sea traducido

y que significa: muchacha, ¡levántate!. La palabra se repite dos veces y el detalle de que a continuación se nos diga que tenía 12 años nos desvela una interesante realidad. Estaba en la pubertad el primer brote libre de su femineidad. No era una niña, en griego hubiera puesto *paidos*, el texto griego dice *korasion*, que significa muchacha. (perdonadme, queridos lectores, mi mal griego olvidado, lo importante es que el autor quiere que sepamos que la agraciada era una mujer en situación vital, próxima a contraer matrimonio).

La primera era adulta, esta segunda una naciente mujer. A las dos favorece, sin importarles miramientos locales.

Más tarde acogerá a otras mujeres como colaboradoras con los discípulos varones, cada uno a su manera y de acuerdo con sus posibilidades, algo insólito en aquel tiempo que las obligaba a estar permanentemente en casa. Llegada su resurrección será también una mujer, o unas mujeres, la que será la heralda del colegio apostólico ¡anda ya! Y que cada uno saque las consecuencias consecuentes.

TEXTOS

Sabiduría 1, 13-15;2,23-24

Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo impera en la tierra. Porque la justicia es inmortal. Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser; pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo; y los de su partido pasarán por ella.

Segunda carta de san Pablo a los Corintios 8,7.9.13-15

Ya que sobrealís en todo: en la fe, en la palabra, en el conocimiento, en el empeño y en el cariño que nos tenéis, distinguíos también ahora por vuestra generosidad. Porque ya sabéis lo generoso que fue nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza. Pues no se trata de aliviar a otros, pasando vosotros estrecheces; se trata de igualar. En el momento actual, vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen; y un día, la abundancia de ellos remediará vuestra falta; así habrá igualdad. Es lo que dice la Escritura: «Al que recogía mucho no le sobraba; y al que recogía poco no le faltaba.»

Evangelio según san Marcos **5,21-43**):

Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor y se quedó junto al mar. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, rogándole con insistencia: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva». Se fue con él y lo seguía mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y se había gastado en eso toda su

fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando: «Con solo tocarle el manto curaré». Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió enseguida, en medio de la gente y preguntaba: «¿Quién me ha tocado el manto?». Los discípulos le contestaban: «Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"». Él seguía mirando alrededor, para ver a la que había hecho esto. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que le había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad».

Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?». Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe». No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegan a casa del jefe de la sinagoga y encuentra el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos y después de entrar les dijo: «¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta; está dormida». Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: Talitha qumi (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»). La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.